



FUNDAINCENDIOS

**MINISTERIO DEL AMBIENTE
Y DE LOS RECURSOS NATURALES RENOVABLES
FUNDACION PARA LA PROTECCION CONTRA INCENDIOS FORESTALES**

**Ministerio del Ambiente
y de los Recursos Naturales Renovables**

**FUNDACION PARA LA PROTECCION
CONTRA INCENDIOS FORESTALES
(FUNDAINCENDIOS)**

Miguelito y la Cotorra
(CUENTO)

AUTOR:
Enrique Henríquez Greco

DISEÑO GRAFICO;
Carlos León León

COORDINADORA:
Socióloga Noris Brito

COPATROCINANTE;
SMURFIT CARTON DE VENEZUELA

IMPRESION:
**Servicio Autónomo de Geografía
y Cartografía Nacional**

ISBN
980-04-0900-02

53
664

MIGUELITO Y LA COTORRA

-CUENTO-



M.A.R.N.R.



FUNDAINCENDIOS





-¡Tronco de banquete que me voy a dar con esos jojotos!
-dijo la cotorra Lucrecia aquella mañana-. Están maduritos
y ya es hora de que me los coma.

Y, alegre, batió las alas y, con todo el escándalo propio de los de su especie, voló hacia un cerro que estaba cerca de allí.

Iba pensando por dónde comenzaría la comilona. Unos días antes había visto unas mazorcas tan grandes que de sólo pensar en ellas se le hacía agua el pico.

Nuestra cotorra, que además de golosa era sumamente curiosa, no lo pensó mucho para detenerse a observar una columna de humo que salía de unos matorrales, justo debajo de su ruta de vuelo. Dio un par de vueltas sobre el sitio y luego se paró para observar.

Era la primera vez, en su corta vida, que veía algo así. Se aproximó un poco más para averiguar el asunto y de esa manera tener qué cotorrear con sus hermanas. Pero... muy desagradable era la sorpresa que le aguardaba.

Sintió, de improviso, un calor abrasador y los ojos se le pusieron colorados y se le llenaron de lágrimas. Por instinto brincó a otra rama y entonces se dio cuenta de que algo andaba mal, muy mal. Inmediatamente comenzaron a crepitar las matas y de pronto una gran llamarada salió, explosivamente, del matorral.

Ahora sí se había asustado Lucrecia. Repentinamente perdió el apetito y en lo único que pensó fue en avisar al resto de los animales, porque aquello no podía ser ninguna cosa buena.

Tan velozmente como pudo empezó a alborotar el bosque, pero hablaba con tanto atropello que nadie la entendía y llegaron a creer que se había vuelto loca.

Sin embargo, la lechuza, que también había escuchado el escándalo, se imaginó lo que ocurría; llamó a la cotorra y le dijo:

-Ven acá, Lucrecia, tranquilízate... toma aire... asíí... eso es...

Cuando la cotorra se calmó, la lechuza, con voz suave, le preguntó:

-Dime... ¿lo viste? Fue una gran lengua de fuego ¿verdad?

-No lo sé -repuso la cotorra-, era algo con muchos brazos, que se movía, muy caliente y que metía mucho miedo...

-Es un incendio -comentó la lechuza con preocupación.

-¿Un qué? -preguntó Lucrecia mientras se le encrespaban las plumas de la cabeza.

-No hay tiempo para explicaciones. Corre y avísales a todos, pero que se entienda lo que dices.

Y sin pensar un segundo la cotorra voló, gritando:

-¡Un incendio! ¡Un incendio!

La ardilla repetía nerviosamente el mensaje. El mono chillaba y daba saltos acrobáticos de puro susto. Las abejas, preocupadas, pensaban en la miel, en su panal, pero se daban cuenta que tenían que dejar aquel lugar.

El incendio se propagaba rápidamente. Los animales iniciaban su carrera contra el fuego.

Los más pequeños y lentos cabalgaban sobre los más grandes y veloces. El sonido del tropel apenas si se escuchaba frente al amenazante crujido de la candela.

Todo el día estuvieron huyendo los animales, tropezando, cayendo, para luego pararse y proseguir su éxodo inesperado.

Cuando ya oscurecía se hallaban a una distancia prudencial de las llamas. Entonces decidieron detenerse para descansar; a lo lejos, el fuego continuaba recordando el peligro. Nada hacía suponer que se detendría.

Lucían agotados, tenían miedo y tristeza, algunos cuchicheaban con tono grave, saliendo de algún rincón se escuchaba el llanto entrecortado de los más pequeños.

La lechuza y la cotorra, prestas siempre a decir cosas, parecían haber perdido el habla.

Durante la noche, un humo espeso ocultó las llamas. La lechuza notó que el viento soplaba en dirección contraria al sitio donde se hallaban. Esto era un alivio para todos. Por ello, saliendo de su mutismo, se dirigió al grupo:

-Podemos dormir algunas horas, pero tendremos que vigilar.

INCENDIO FORESTAL O DE VEGETACION

Es el fuego incontrolado que destruye o afecta los bosques, las sabanas y los animales que habitan en ella. Se origina por descuido, negligencia o mala intención. Es un fuego penado por las leyes.





Y así, la lechuza se quedó despierta, mirando hacia donde había estado su casa unas horas antes. Absorta, recordaba que una noche, parada en un árbol cerca del campamento de unos excursionistas, había escuchado una historia en la que se decía que el mundo y todas sus criaturas provenían de un gran árbol que se había desgajado. De las ramas y frutos salieron los seres humanos, los ríos, el viento y los animales, incluido el búho, pariente cercano de la lechuza. Y se preguntaba si después de este desastre, de tanto árbol quemado, el mundo volvería a ser como antes.

En estas cavilaciones la sorprendió el amanecer y con la luz pudo darse cuenta de que el incendio había cesado. Algo raro -pensó la lechuza- ocurrió anoche. Si no llovió.. ¿qué pudo haber pasado? Pero no se veían las llamas y eso indicaba el cese de la amenaza. Suspiró de alivio y decidió irse a dormir un rato.

La tranquilidad le duró poco. Un ruido como de zancudo, pero mucho más fuerte, cerca de la oreja, le hizo pegar un brinco. Era el tucusito, que venía a decirle que algo anormal estaba ocurriendo cerca de allí, en el claro dejado por las llamas.

La lechuza, todavía medio dormida, se asomó entre el ramaje y notó que, efectivamente, en el sitio indicado, muchos hombres habían invadido el territorio. Los había jóvenes unos y otros no tanto. Iban vestidos con cascos, camisas amarillas y pantalones negros. Lo que más le llamó la atención es que golpeaban la tierra, como locos, con unas extrañas paletas y que hacían mucha bulla.

-Extrañas cosas hacen estos humanos -reflexionó-. ¿Qué se propondrán?

Otros animales también habían observado lo que ocurría y, preocupados, fueron a reunirse alrededor de la lechuza, quien, a pesar de estar cayéndose de sueño, sabía que tendrían que enfrentar esta nueva situación.

El primero en hablar fue el caballito del diablo, quien con su voz nerviosa que parecía venir de todas partes, dijo:

-¡Tenemos que saber qué pasa!

-¡Debemos saber! -afirmó con menguada elegancia el tigre, que aún se resentía de haberse chamuscado la cola.

-Sí.. teeeeneeeeemoooos queee... -concluyó la pereza, todavía encaramada en los cuernos del venado, gracias a lo cual se pudo salvar del fuego.

-Necesitamos un voluntario -susurró el morrocoy-, para que vaya y nos informe de lo que vea y escuche.

La cotorra, que en ese momento se despertaba, y como era de vocación curiosa, dijo:

-Yo iré.

Fue tan rotunda su decisión que los animales convinieron en que ella era la más indicada.

La cotorra esta vez alzó el vuelo sin mucho aspaviento, para no llamar la atención, y se aproximó al sitio de los invasores.

Planeó sigilosamente y fue a pararse sobre unas piedras, ocultándose lo más posible.

Lentamente, con su andar cómico, se acercó calladita... calladita...

Algunos hombres continuaban golpeando la tierra. Otros removían el suelo y rociaban agua en el sitio. Un grupo, sentado en unas piedras, descansaba mientras comía. Entonces Lucrecia se distrajo... ¡Le había vuelto al apetito!

Tan embelesada estaba la cotorra viendo la comida y recordando las mazorcas del día anterior, que no se percató cuando un par de manos se apoderaron de ella. Apenas si pudo escuchar que el hombre decía:

-¡Miren lo que encontré!



Instintivamente Lucrecia se sacudió y trató de picotear las manos, pero el hombre, con firmeza pero sin violencia, se lo impidió.

-Es un milagro que esté viva. Déjame ver si tiene alguna quemadura.

Estas palabras tranquilizaron un poco a Lucrecia. El hombre era tan curioso como ella misma. Por eso le cayó simpático y decidió quedarse quieta.



Después que el hombre la hubo revisado se la colocó en el hombro, pensando que tal vez se iría volando. Pero no fue así. Lucrecia tenía una misión muy importante que cumplir. El hombre a su vez pareció agradecido de que la cotorra no se marchara.

-¡Miguelito! -gritó alguien-; ¿Qué hacemos ahora?

-¡Localicen los focos de candela que queden y terminen de apagarlos! -contestó Miguelito mientras se dirigía a otro lugar.

Aprovechando que se habían alejado del grupo, la cotorra le preguntó al oído:

-¿Qué están haciendo ustedes aquí?

Miguelito se sobresaltó al oírla, pero la cotorra suavemente le reprochó:

-Yo también me asusté cuando me atrapaste, pero ya se me pasó. Dime, ¿qué hacen aquí?



Miguelito, aún extrañado, lo cual es normal que suceda cuando nos habla un animal, aunque sea una cotorra, respondió:

-Llegamos ayer temprano. Nos avisaron que había comenzado un incendio y tan pronto nos lo dijeron, recogimos el equipo y arrancamos para acá.

-¿Equipo? -preguntó la cotorra.

-Sí -respondió Miguelito-; ...las cosas que cargamos: palas, picos, hachas, bombas asperjadoras... todo eso que ves aquí... Pudimos controlar el incendio, pero una parte del bosque se ha quemado.

-Lo sé -dijo Lucrecia-; muchos animales hemos perdido nuestra casa.

El hombre guardó silencio por un rato, pensando en lo que había pasado y en las palabras que acababa de escuchar.

-No sabemos todavía dónde comenzó el fuego -dijo Miguelito al rato-. Cuando lo averigüemos podremos saber qué lo causó...

-¿De verdad? -interrumpió la cotorra.

-...y estaremos más precavidos para evitar que se repita.

-¡Yo lo sé! -chilló alborozada Lucrecia, mientras daba una voltereta en el aire-. ¡Yo lo sé y te-puedo-llevar-hasta-el-sitio...!

Miguelito se detuvo y sonrió. Estaba contento de tener un aliado realmente tan oportuno.

Lucrecia condujo a Miguelito y a otros del grupo hasta el sitio donde ella había visto la columna de fuego. Pero antes le hizo prometer a su amigo que no revelaría que ella era una cotorra conversadora.

-¡Miren! - dijo uno de los que había ayudado a apagar el incendio-. Parece que fue una fogata lo que originó todo esto.

-Aparentemente no limpiaron bien el área-acotó Miguelito, y luego dijo en voz baja a Lucrecia:

-Si se limpia bien, se evita que las llamas provoquen la combustión en los materiales que se encuentran en los alrededores.

-No veo el hoyo donde estaba la fogata -comentó alguien.

-Seguramente no lo hicieron -terció otro de los hombres, que lucía cansado.

Otra vez, casi en un murmullo, se dirigió Miguelito a la cotorra:

-Cuando se hace la fogata dentro de un hueco se evita que las chispas salten por causa del viento y se prenda la maleza.

-¿Qué te pasa, Miguelito? ¡Estás hablando solo! -le gritaron.

Miguelito se puso colorado mientras Lucrecia reía para sus adentros.

**CONSECUENCIAS
DE LOS INCENDIOS
FORESTALES
O DE VEGETACION**

Los incendios destruyen la flora, disminuyen la fauna silvestre, degradan los suelos, reducen el caudal de los ríos, contaminan el aire, arruinan el paisaje natural, contribuyen a la sedimentación de represas, interrumpen la visibilidad en carreteras y autopistas, afectan los tendidos eléctricos y ocasionan pérdidas humanas.

Por un momento los hombres siguieron buscando pistas y Miguelito aprovechó para explicarle a su amiga que la mayoría de ellos estaban allí como voluntarios, por amor a su país.

Esto la conmovió y le hizo preguntarse cómo era eso que había unos hombres que ocasionaban las catástrofes, mientras otros se empeñaban en evitarlas. Pensó que tenía mucho que aprender del comportamiento de los humanos.

-¡Tanto tiempo que le lleva a la naturaleza para crear un bosque y... ¡paf!... en unas pocas horas mira lo que pasa -comentó un voluntario no tan joven, que por su aspecto le trajo a la memoria a Lucrecia a su amiga la lechuza y le recordó su importante misión.



Nuevamente bajó la voz Miguelito para decir:

-A veces es una fogata mal hecha, otras una colilla de cigarrillo o un fósforo mal apagado. Con o sin mala intención, pero el resultado es el mismo.

-¡Pero cómo se puede ser tan descuidado! -chilló sorprendentemente la cotorra, para asombro de Miguelito y de los voluntarios.

Lucrecia brincó al suelo y empezó a caminar en círculos.

Levantaba una alita como si fuera un puño e imploraba al cielo o a quién sabe. Cotorreaba en voz baja y parecía que gruñía. Era evidente que se hallaba furiosa.



De pronto se detuvo, se volvió hacia el grupo y exclamó:

-Creo que es hora ya de que deje de lamentarme. Sí... hay algo que podemos hacer, mis amigos... ustedes y yo. ¿Qué estamos esperando?

De la sorpresa los hombres pasaron a la risa y luego a los aplausos y Miguelito sonriendo les dijo:

-¿Y quién va a negar que todo esto nos lo dijo un pajarito?



A los pocos días Lucrecia estaba nuevamente en apuros. No, no se trataba de un apuro con candela. No, no... tampoco era ningún problema con los animales. Ya había conversado con ellos y les había explicado quiénes eran los voluntarios y lo que hacían.

Su nerviosismo se debía a que tenía que hablar por radio y a pesar de que su discurso estaba cuidadosamente preparado entre sus congéneres y los humanos, ello no evitaba que sintiera un fríto como si no tuviera plumas.

-Este micrófono no es más peligroso que el fuego -oyó que le decía Miguelito, y a la vez que se sonrojaba se alisó las plumitas de la cabeza con un dedo de coquetería.

El técnico del estudio ordenó a los presentes que hicieran silencio, prendió la luz roja que indicaba el comienzo de la transmisión e hizo una seña a Miguelito para que empezara.

-Hoy quiero presentarles a una nueva amiga. Se llama Lucrecia y hasta hace poco tenía su casa en el bosque, en una parte que fue asolada por el incendio. Les va a hablar de eso, pero también de sus esperanzas de que no suceda otra vez.

Allá en la montaña, los animales se agrupaban calladitos en torno al radio portátil que entre todos habían comprado para la ocasión. Lucían orgullosos porque estaban muy bien representados.

Se escuchó entonces a Lucrecia que, con seguridad de profesional de la radio, se expresaba así:

-Amigos: a nombre de los animales del bosque, quiero dirigirme a ustedes, a los adultos, a los niños, que visitan nuestro mundo en busca de la paz de la naturaleza.

Estas montañas y valles han sido nuestro hogar por muchos años y ahora sólo tenemos el recuerdo. Tal vez los nietos de ustedes lleguen a saber cómo era este bosque.

Cada planta que se quema, cada río que se seca por causa de los incendios nos duele... y debe dolerles a los hombres también. Debemos evitar que el futuro se nos queme...

Mientras Lucrecia proseguía, Miguelito recordó aquella vez, cuando le tocó hablar a la gente sobre lo mismo que ahora decía su amiga. Desde entonces bastante se había avanzado, más hombres y mujeres se daban cuenta del peligro... pero no se podía bajar la guardia.

Lejos, en pleno crepúsculo, los animales aprobaban lo que escuchaban en la radio, y la lechuza, igual que Miguelito, se decía que la vigilancia debía durar... por siempre.



Conservar la naturaleza es proteger la vida



**...NO QUEMES
TU FUTURO...
¡EVITA INCENDIOS
FORESTALES!**

**UN FOSFORO MAL UTILIZADO
DESTRUYE MILES DE ARBOLES**

**AL ENCENDER FOGATAS
TOMA PRECAUCIONES...
APAGALAS TOTALMENTE**

**SI VES UN INCENDIO,
REPORTALO A LA AUTORIDAD MAS CERCANA**

**DEBES PARTICIPAR
EN LAS ACTIVIDADES DE REFORESTACION**

**VENEZUELA ES TU PATRIMONIO...
INCORPORATE A LA DEFENSA
DE SUS RECURSOS NATURALES RENOVABLES
¡EVITA INCENDIOS FORESTALES!**

FUNDAINCENDIOS

FUNDACION PARA LA PROTECCION CONTRA INCENDIOS FORESTALES

Es un organismo sin fines de lucro creado por Decreto Presidencial Nº 191 del 2 de julio de 1979, para participar y colaborar con el MINISTERIO DEL AMBIENTE Y DE LOS RECURSOS NATURALES RENOVABLES, en las gestiones atribuidas a éste en materia de prevención, detección y combate de incendios forestales, de manera que las mismas puedan desarrollarse con la mayor prontitud y eficiencia mediante la recepción y centralización de fondos provenientes tanto del sector oficial como del privado.